

espero no volver á encontrar.... mi orgullo, mi maldito orgullo... replicó la Sra. de Fénigan sonriendo, sin parecerse ya en nada á la arrogante persona que había entrado en la Pequeña Capilla unos minutos antes.

IX

Después de larga correría á través de la Francia, un ansioso y poco directo viaje dirigido por el Sr. Alejandro, con estaciones, vueltas, precauciones variadas, disfraces novelescos, la condesa Lidia, ó sencillamente la condesa, acompañada por su guía y su doncella, varaba una noche de Setiembre en la fonda de la *Princesa de Lamballe* de Quiberón. Lo bajo del techo, lleno de mo-
ho y un mosquitero sofocante sobre una cama barco-
roída por la carcoma, le hicieron pasar una noche pesada y sin sueño ; después, al toque de maitines, abrió su ventana sobre un cielo brumoso, y la pequeña plaza gris delante de la iglesia romana de pórtico aplastado, la vista de los viejos-bretones que se saludaban en la bruma con gruñidos de foca, le oprimieron el corazón, dándole como el presentimiento de la innoble comedia que le representaban.

Esta siniestra impresión duró toda la mañana, hasta el regreso del Sr. Alejandro que había ido en busca de la familia Blanchard, su familia, cuyo recuerdo le había vuelto súbitamente un día en Monte-Carlo, después de cuarenta años de olvido, cuando buscaba un refugio para los enamorados perseguidos. A eso de las doce volvió muy contento. Todos los Blanchard de su infancia, grandes y pequeños, dormían en el cementerio arenoso de Quiberón, frente al Mar Salvaje, cuya ola llega directamente de las Azores en tres ondulaciones; todos los Blanchard, excepto un tío, capitán de altura siempre embarcado y su mujer, que vivía sola en una pequeña casita amarilla de la playa de Puerto-Haliguen.

« La tía Casa-Amarilla », bautizada de este modo por el Sr. Alejandro, consentía en alquilar su habitación completamente amueblada á la Sra. Condesa, haciéndole la comida, lo mismo que al Sr. Conde cuando viniera, y á prestar el carricoche que después del almuerzo vendría á buscar á la Sra., su criada y bagajes, todo esto por un precio moderado, sin contar la ventaja de hallarse en una posición á propósito para estar de vigia, y acechar la entrada en el puerto del *Azul-Blanco-Rojo* cuando entrara en el puerto con sus alas abiertas para ir á fondear junto á la casita.

El pueblo de Quiberón, situado en medio de la península, tiene dos puertos: uno, muy cercano, Puerto-María, que da al Mar Salvaje, y el otro, sobre el Morbihán (mar pequeña en lengua bretona), Puerto-Haliguen, que hay que ir á buscar á una legua, á través de un dédalo de callejuelas, paredes bajas, calcinadas por el aire salino, que sirven de cerca á granjas y huertos, verdaderas emboscadas de realistas y convencionales.

Cuando Lidia llegó á la tranquila localidad, que se extiende en una larga línea, sin fondo alguno, con su semáforo de mampostería blanca en la extremidad del rompeolas, sus muelles de factorías lejanas rodeados de casas bajas, de tabernas marinas, de tinglados y de depósitos, la niebla se había disipado, y con ella la lúgubre opresión de la mañana. Suave luz doraba el mar, marcando las líneas sinuosas del horizonte, Puerto-Navallo, San Gildas; y la calma de las olas contrastaba con el retumbar del Mar Salvaje sobre las rompientes, que se oía noche y día desde la otra parte de la península. Sola en la playa y á la entrada del puerto brillaba la casa amarilla, y más llamativo aun que el ocre de sus muros, era el tocado de alas anchas de la tía Blanchard, quien desde el alba limpiaba su piso y sus muebles de caoba, esperando á sus inquilinos.

Aquel alojamiento situado al nivel de las olas y muy cerca de ellas era el verdadero asilo que convenía á una aventurera nómada, pues en las paredes, en las chimeneas, en los muebles, no se veían sino conchas, corales, plantas marinas, monigotes de India y de China, que hablaban de viajes y de cielos exóticos; además, allí estaba el océano que amaba tanto, con ardores siempre repelidos, llegando á deshacerse en espuma debajo de las ventanas, reflejándose en los espejos, con las velas de sus barcas de pesca que entran y salen á horas regulares como enjambres de gaviotas blancas. ¡Pero qué soledad y cuántas privaciones para los gustos lujosos y vanos de la joven! El faro de la Teignouse, que se encendía cada noche en los tules lilas del crepúsculo, no reemplazaba la araña del comedor de Monte-Carlo, á la hora de la comida, cuando Lidia entraba dando el brazo al Sr. Conde. Análogamente, en aquel desierto de arena, de melancolía que la Historia engrandece y solemniza con los trágicos recuerdos de la emigración, las escasas familias de bañistas procedentes de Auray, de Vannes y que se divierten provincialmente al sol, no recordaban sino de manera muy borrosa á la condesa los admiradores suecos, húngaros, de la Rusia mayor y de la menor, agolpados en torno de sus trajes en los deliciosos jardines de la casa

de juego. Aquí, aquella extranjera solitaria y demasiado hermosa, repelía; antes de juzgarla y dirigirle la palabra, esperaban á ver al conde, que debía venir á buscarla en su yacht. ¿Cuándo? Nadie lo sabía. ¡Es tan incierto el navegar de los barcos de vela!

Al principio la joven no se aburrió demasiado. El país desconocido, la instalación, el miedo de ver surgir al temido esposo, y Alejandro, que venía á recibir órdenes cada mañana desde Quiberón, donde se alojaba, bastaron para distraerla. Ese antiguo lacayo, alto y estirado, llenaba de temor á la suplente de Rosa, cada vez que se presentaba en el terraplén de la casa amarilla, delante de la ventana donde cosía la nueva criada acompañando á la propietaria del local. Su rostro de diablo viejo, completamente afeitado y lleno de pecas bajo lindo sombrero de baños de mar, sus ojos de payaso de pupila giratoria llenaban de espanto el corazón de la doméstica.

— ¿Por lo menos, decía, tiene la señora confianza?... Por mi parte, cuando me mira al fondo de los ojos y me pregunta: «Agarita ¿es V. discreta?...» sin añadir nunca una palabra más, tiemblo creyendo que voy á oír alguna confidencia abominable.

Pero su ama la tranquilizaba:

— Conozco á Alejandro desde mi infancia.

Y en efecto, desde que se hallaba recogida en el hospicio de Soisy, el lacayo era para ella uno de los personajes del camino de Corbeil, de ese fantástico panorama en que sus ojos de chicuela se entretenían. El rastro de esas impresiones iniciales sigue siendo tan profundo en nosotros, que aun ahora tenía respeto al Sr. Alejandro. ¡ Ah, si hubiera podido registrar aquella cabecilla feroz de liberto, su corazón repleto de veneno y odio contra la hospiciaria, la pequeña mendiga que se había convertido en burguesa y señora! ¡ Si por lo menos hubiera caído en sus manos la carta en que el siniestro lacayo relataba á la duquesa su llegada á la alcoba de Monte-Carlo, diciendo: « ¡ El marido!... ¡ Escápanse ustedes! »

Para tener gusto en tan perversas combinaciones, era necesario un antiguo criado, la crueldad propia del negro lleno de rencor contra el destino, curtido por treinta años de servicios viles, de que se vengaba cruelmente en una señora, en una blanca. Pues el Sr. Alejandro no trabajaba sólo por dinero; no permanecía en Quiberón únicamente para arreglar las cuentas, sino también por la alegría de acechar á su víctima, de anunciarle el abandono, según decía con elegancia « de ponerlo en la mano ». Ese dichoso instante iba acer-

cándose por momentos. Sin embargo, cierto día tuvo una sorpresa desagradable, el temor de un desenlace imprevisto.

— Alejandro, mire V. allá por la parte del semáforo, le gritó Lidia desde el piso bajo de la casa amarilla, con las manos sobre los ojos á manera de viseras.... Si no se diría la vela de Carlejo....

Una risita silenciosa y sardónica llenó de arrugas la lampiña faz.

— Eso sí que me extrañaría, murmuró el antiguo lacayo, volviéndose por complacencia hacia el rompeolas y mirando pronto con inquietud al buque señalado, que se parecía extraordinariamente en el aspecto, arboladura y dimensiones al AZUL-BLANCO-ROJO. De seguro era extranjero, pues tenía á bordo el práctico, cuya lancha seguía á remolque; inglés probablemente, según decían algunos pescadores viejos, guardias de faros y aduaneros, únicos habitantes de Puerto-Haliguen á aquella hora del día, y que se habían adelantado hasta la punta de la casa amarilla para ver de más cerca la goleta. Á cada nueva bordada iba acentuándose el parecido; y hasta hubo un momento en que Lidia creyó reconocer en el puente inundado de sol y reflejos la estura robusta del buen Nuitka y su barba rubia en forma de collar.

— Es él..... de seguro que es, gruñía el Sr. Ale-

jandro anonadado, y más bajo, de modo que sólo su corbata lo oyera... « mal negocio »... ¿Á qué combinar nada serio con locos como el tal Carlejo? De seguro reaparecía su afición á la condesa... ¡Ah... cuidado si la perdida tenía suerte!... Y los amos ¿qué dirían en Granburgo? ¿Y lo que debía valerle la ruptura, el parto secreto, toda la pesca en agua turbia, cómo reemplazarlo? Al mismo tiempo que proyectaba nuevas combinaciones, el Sr. Alejandro iba hacia el semáforo, para ser el primero en saludar al joven príncipe; pronto se le reunió Lidia vestida con el traje y el sombrero que Carlos prefería, rosado y blanco bajo la doble acción del viento del mar y del sol, como un clavel silvestre, un clavel de la duna.

Casi al mismo tiempo, la goleta impulsada por una fuerte brisa terminaba su bordada á unos cuantos metros del rompeolas y dejaba ver su nombre escrito en la popa con letras grandes: *Anfitrite-Cardiff*. Era un barco de comercio, construido en el mismo astillero que el *Azul-Blanco-Rojo*; pero superior en cabida y sin ninguna de las comodidades de un barco de recreo.

— Ya melo decía yo... llega demasiado pronto... mucho antes de lo posible...

Y el horrible Alejandro, espiando el delicado rostro de la joven, se deleitaba en seguir los

estremecimientos nerviosos de su desencanto. Diez minutos después, la *Anfitrite* entraba en el pequeño puerto silencioso, que llenaba con su blanco y húmedo casco y con el rechinar de sus maniobras, unido á los gritos de una disputa entre el capitán y el práctico. Las voces resonaban contra las piedras del muelle; pero nadie sabía inglés en Puerto-Haliguen y la explicación no habría acabado nunca, si Lidia, recordando las lecciones de Sor Marta la irlandesa, no se hubiera ofrecido para servir de intérprete.

Hubiera sido un delicioso tema de cuadro aquella elegante parisiense, sentada en un rollo de cuerdas, desafiando el olor del alquitrán y teniendo delante al inglés, un gigante rubio y apoplético, que se disputaba con el pequeño práctico bretón, negro, de facha de mono, velludo, mientras los marineros, tirando de los cables, miran el desierto muelle, las casas, bajas y pocas, como aturdidos de verse allí. En efecto, en medio del ruido que las olas hacen contra las rocas, el práctico Madec había gritado « Puerto-María, » y el capitán había oído « Puerto-Lorient », embarcando á Madec, puesto que la *Anfitrite* iba á Lorient. Como el viento impedía la entrada del barco en Puerto-María, el práctico lo llevó al otro lado de la pequeña península, á la ensenada de Puerto-Ha-

liguen, que en nada se parece á la espaciosa y animada donde el inglés contaba penetrar. Por fortuna, la suave voz del intérprete, su lindo traje y sus ojos de zafiro pusieron rápidamente de acuerdo á todo el mundo; pero Lidia tuvo que defenderse después contra las generosidades del capitán que, muy impresionado por aquella aparición shakespeariana, ofreció sucesivamente á la deliciosa Miranda aparecida en la cubierta de su goleta un frasco de vino de Oporto viejo, un antejo marino, un paño indio, una macana de pieles rojas, unas babuchas de Java, un sable mandoble del Japón, y acabó por hacerle aceptar un pequenísimo revólver americano, un *bull-dog* que el autoritario marino llevaba armado en el fondo de un bolsillo, como argumento decisivo contra los prácticos, los carabineros y demás funcionarios del mar.

Apenas había vuelto de esta emoción cuando tuvo que soportar el Sr. Alejandro otra todavía más fuerte. Leyendo un día su *Petit Journal* en el café de la fonda encontró la siguiente noticia :

En la noche del 27 al 28 de Setiembre, el yacht *Azul-Blanco-Rojo*, del príncipe de Olmutz, chocó con un torpe dero español en aguas de las Baleares y se fué á pique. Únicamente el príncipe y el cocinero de abordó, recogidos por una barca mahonesa cargada de naranjas y destinada á Marsella, han regresado á Francia.

— ¿Qué iba á hacer en las Baleares? fué lo primero que Lidia dijo al saber la triste noticia, que le dieron sin la menor precaución... Ese no es el camino indicado de Mónaco á Quiberón.

— Ya sabe V., la vela... un golpe de *mistral* ó de tramontana..., argüía el vil lacayo con una burlona emoción de todas sus arrugas. Y en seguida se ofreció para ir á saber qué ocurría en Granburgo, donde de seguro estaría el joven príncipe falto de víveres. Por lo demás, estaba dispuesto á hacer cuanto quisiera la Señora condesa, á cuyas órdenes lo había sometido el hijo de sus amos. Con esto mil protestas, varios pliegues del espinazo, todas las astucias y atajos de la domesticidad, los gestos de su antigua profesión.

— Eso es, vaya V. á ver, contestó Lidia siempre confiada, pero más soñadora que nunca. En las tinieblas morales en que se agitan la mayor parte de los humanos, ciertos sucesos los iluminan bruscamente, dejando mostrarse hasta el fondo la negrura de los abismos. El naufragio del *Petit Journal* fué para la joven una de estas revelaciones. ¿Qué hubiera sido de ella en el caso de perecer Carlejo? Incapaz de una idea de lucro, la perspectiva de la miseria no la asustaba. ¿De dónde procedía, pues, el súbito terror con que la había helado aquella suposición de muerte? Sólo

de haberse sentido casi tan indiferente á la desaparición de su amante como á la de cualquier otro rostro apenas conocido. ¿Qué, no le amaba? Pues bien, no; hasta ahora dudaba; pero la prueba le parecía concluyente. Lo había seguido por vanidad, fastidio y cansancio, necesidad de nuevos horizontes y de imprevistas aventuras. Pero en lo más íntimo de sus caricias había algo que les impedía confundirse, que los separaba siempre, algo frío é impenetrable que lo envolvía como en una cota de mallas durísimas, poniéndolo al abrigo de las heridas que él hacía convirtiendo en desigual y cobarde el duelo sin testigos ni armas que se llama amor. Por dos ó tres veces había tenido miedo estando á su lado al contemplar ciertas sonrisas, recordando las palabras del padre, que resonaban en su memoria: «Es un monstruo... le digo á V. que es un monstruo.» Y la imagen desesperada del general, su mirada ardiente y valerosa tan distinta de la de Carlejo, acababan de empequeñecer en el corazón de la joven al amante por quien abandonara todo. ¡Ah, si pudieran hacerse dos veces las cosas! Cuando la vida se presentaba para ella sencilla y honrada por un enlace imprevisto con un hombre excelente; por qué haber echado por los caminos sospechosos, locamente, sin pasión,

sin alegría? ¿Y ahora, á dónde ir? ¿Cómo acabaría todo aquello?

En esto pensaba estremeciéndose, incierta, en la bruma de la noche que empezaba y el salpicar del agua contra las piedras del rompeolas. Algunas velas que entraban parecían fantasmas al agrandarlas la neblina. De pronto brilló una luz en la extremidad del muelle, la lámpara del semáforo. Al mismo tiempo, Lidia sintió en su seno una sacudida, un sobresalto al principio no explicado, pero que, al renovarse y comprenderlo la inundó de indecible alegría. El niño, su hijo, que olvidaba y que por primera vez daba señales de su existencia. Fué aquello un cambio mágico: la vida se le apareció con un faro protector; hasta el mismo padre se humanizó en su pensamiento y le pareció menos oscuro, menos distante. El puerto estaba lleno de cantos y gritos. Los ruidosos remos rodaban en las barcas, y á lo largo del muelle; por las puertas bajas de las casas, en que centelleaban llamaradas rojas á través de la bruma, se oíarechinar y chisporrotear la leña verde con las risotadas de los niñitos en torno del hogar.

Pasó una semana sin noticias. Lidia no se alarmaba, pensando que una vez en Granburgo el príncipe tendría dificultades para huir por se-